

DOSSIER

“40 AÑOS DESPUÉS: MEMORIAS DEL GOLPE ”

Introducción: La conmemoración como búsqueda de sentido

ARTÍCULOS

Isabel Piper Shafir

Contrarrevolución fascista y democracia neoliberal. El golpe y la transición en Chile desde una perspectiva polanyiana.

Paula Valderrama

Sobre las posibilidades de una reconstrucción crítica de la oposición discursiva dictadura-democracia en Chile

Iván Torres Apablaza
Claudio Figueroa Grenett

El Tercer Gobierno Peronista y la Unidad Popular frente al incremento interno de las fuerzas e ideas autoritarias

Nicolás Molina Vera
Omar Sagredo Mazuela

Memoria, imaginación, archivo. Una aproximación a las metáforas de la memoria

Lior Zylberman

Memorias del golpe: La función de la memoria y la posición simbólica

Jaime Coloma Andrews

ENTREVISTA

Ely Orrego Torres
Gonzalo Zúñiga

El desafío de la memoria en la historia de Chile y América Latina: Entrevista a Steve J. Stern

RESEÑAS

Matías Wolff Cecchi

Eden Medina. Revolucionarios cibernéticos. Tecnología y política en el Chile de Salvador Allende. Santiago: LOM Ediciones. 2013.

Nicolás López Pérez

Tzvetan Todorov. Los enemigos íntimos de la democracia. Barcelona: Galaxia Gutenberg. 2012.

ARTÍCULOS LIBRES

Laura Quintana

Institución y acción política: Una aproximación desde Jacques Rancière

ENTREVISTA

Valeria Campos

Violencia, verdad y justicia: Entrevista con Gianni Vattimo.

RESEÑA

EDEN MEDINA. *REVOLUCIONARIOS CIBERNÉTICOS. TECNOLOGÍA Y POLÍTICA EN EL CHILE DE SALVADOR ALLENDE.*

TRADUCCIÓN DE JOSÉ MIGUEL NEIRA.
SANTIAGO: LOM EDICIONES, 2013. 358 pp.
ISBN: 978-956-00-0435-2

MATÍAS WOLFF CECCHI*
École DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES

Qué duda cabe, el proyecto Synco es uno de los acontecimientos más extravagantes que han sucedido en la historia de nuestro país. Su existencia permaneció por años escondida en los archivos de las instituciones que participaron en él, en la memoria de sus arrojados perpetradores y en los pocos medios que cubrieron el suceso con estupefacción. Eso, hasta que Edén Medina, tenaz investigadora norteamericana, encontró indicios de su existencia en un viejo libro sobre la Unidad Popular y quiso hacer de esta aventura el objeto de su investigación doctoral. El resultado de ese afortunado accidente es *Revolucionarios Cibernéticos*, la extraordinaria crónica de una aventura tecnológica y política sin precedentes ocurrida en medio del proyecto socialista de Salvador Allende.

Los aspectos básicos de la historia, que han ido popularizándose en los últimos años gracias al trabajo de Medina, dicen más o menos así: abrumado por la complejidad creciente en la gestión de las empresas públicas, como consecuencia de la fuerte política de nacionalización emprendida por el Gobierno, el subdirector de la CORFO, un joven Fernando Flores, solicitó en 1971 la asistencia de Stafford Beer, un barbado experto en *management*, cuyas innovadoras ideas cibernéticas ofrecían un novedoso método de manejo empresarial. Habiendo trabajado en una de sus empresas durante los años 60, Flores le escribió directamente a Beer y le hizo una propuesta difícil de rechazar: la posibilidad de aplicar sus teorías ya no a una empresa

* Antropólogo. Doctorante en Antropología, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, Francia. E-Mail: jose.matias.wolff@gmail.com

o un *holding* productivo, sino a la mismísima economía de un país. Y no de uno cualquiera. Se trataba nada menos que del inédito proyecto chileno de conciliación entre socialismo y democracia impulsado por la Unidad Popular. Beer no dudó en aceptar y se embarcó por más de dos años en el diseño y la implementación de un sistema de gestión fundado sobre un modelo de organización empresarial que emulaba el funcionamiento del sistema nervioso humano.

Con una prosa entretenida, a medio camino entre la crónica periodística y el texto especializado, el trabajo de Medina no solo explora a fondo la excepcionalidad historiográfica de este suceso –que ya valdría la pena de por sí–, sino que formula una interesante reflexión acerca de las relaciones que existen entre tecnología y política y sobre la importancia de tomar los sucesos técnicos como eventos históricos fundamentales para entender los procesos sociales y culturales. Para la autora, las particulares circunstancias del proyecto socialista chileno permitieron la utilización de la cibernética –disciplina que el sentido común tiende a asociar con la alta tecnología de los países desarrollados– de una manera que probablemente no podría haber sido replicada por ninguna superpotencia. Esa imbricación entre historia y técnica conduce a Medina a sostener que la tecnología *es* política. No se trata del mero subproducto material de un contexto o la manifestación menor, dado su carácter prosaico, de un discurso o una idea. Ella *es* ese discurso y esa idea. Por este motivo, la autora señala que su intención no ha sido “sacar a la luz los movimientos políticos que se ocultan tras un proyecto tecnológico a través del desmenuzamiento de una dicotomía entre lo social y lo técnico”, sino relevar “precisamente la ausencia de esa dicotomía” (p. 28).

Que se trate de un estudio sobre la aplicación de una variante de la cibernética apoya este rechazo, en la medida en que, según Medina, con su propio desarrollo, la cibernética fue difuminando algunas fronteras fundantes de la ciencia tradicional como las que dividen lo técnico de lo teórico, lo natural de lo cultural o el fenómeno de su concepto. Y aunque esa condición la haya expuesto a fuertes críticas que increparon su falta de rigor y su propensión a la especulación o directamente a la charlatanería futurista (de las que el propio Beer fue objeto), su desarrollo a partir de mediados de los años 40 desde las ya míticas Conferencias Macy ha permitido la emergencia de importantes hipótesis acerca del funcionamiento de las organizaciones y los sistemas de la más diversa índole. El auge de la computación, Internet o la actual ciencia cognitiva no se puede comprender sin ese antecedente directo.

Tomando entonces una perspectiva análoga al gesto emprendido por su propio objeto de estudio, la investigadora norteamericana interpreta los aspectos centrales del proyecto de Allende –conciliar socialismo con respeto por la democracia– como coextensivos a la pretensión de Beer de establecer

mecanismos de control dentro del sistema de empresas públicas que no descuidasen la libertad ni la independencia de los sujetos y las agrupaciones de menor jerarquía. En la tesis de Medina, tanto la Unidad Popular como el proyecto Synco serían respuestas “a las preguntas relacionadas con cómo conservar la estabilidad de un sistema y al mismo tiempo facilitar sus cambios [...] garantizar la cohesión del todo sin sacrificar la autonomía de sus partes, y [...] encontrar el equilibrio entre las formas de comunicación verticales y horizontales” (pp. 80-81).

Antes de hallar efectivamente esas concordancias entre socialismo y cibernética, el primer lugar donde Beer aplicó esa lógica –nos cuenta Medina– fue al interior del mismo proyecto. Las ideas del inglés, tributarias de la interdisciplinarietà informal de los pioneros de la cibernética, crearon una cultura de trabajo que “ponía énfasis en la amistad, en tomar riesgos, en el aprendizaje independiente y en la creatividad” (p. 163-164). Esto significó la creación de una red de colaboradores de la más diversa índole –desde el diseñador alemán Gui Bonsiepe, responsable del ya mítico Ops Room, a la participación de esos “cibernetistas chilenos”, Humberto Maturana y Francisco Varela, como asesores externos– que fueron apuntalando la iniciativa desde su propia experiencia técnica y teórica. La urgencia del proyecto, así como el perfil de sus participantes, permitió por otra parte que este adoptara una mirada mucho más pragmática que conceptual a la hora de concebir las soluciones que debía entregar. Siguiendo un criterio que hoy llamaríamos performativo, profundamente crítico del tradicional interés representacionista de la ciencia tradicional, Beer creía que era mucho “más importante comprender lo que las cosas hacen que cómo funcionan” (p. 61). Tanto el *hardware* –la red de télex que conectaría las distintas empresas; el ordenador central que computaría los datos– como el *software* –el programa de modelamiento económico con que operaría el sistema– y la jerarquización de los dispositivos regulatorios concebidos para gestionar los distintos niveles obedecerían desde el primer momento a este principio.

Aunque Medina no ahonda en ello, resulta patente que el privilegio de ese aspecto práctico sitúa al proyecto Synco del lado más constructivista y emergentista en la verdadera guerra de trincheras en se ha visto involucrada la ciencia cognitiva en los últimos veinte años. Maturana, Varela y el propio Flores también se situarían en ese flanco. El mismo Beer, entusiasta de la idea de autopoiesis desde sus inicios, escribiría algunos años después de su aventura chilena el prefacio de la versión en inglés de *De máquinas y seres vivos*, obra que más allá de las polémicas resulta clave para entender la recepción chilena de esta tendencia cognitivista.

Ahora bien, la corta vida de Synco, producto del golpe de Estado que lo cortó de raíz (las autoridades militares no se interesaron por él), dejó pendiente la conclusión acerca del real grado de la concordancia entre socialismo y libertad cibernética que Beer pretendía. Su utilidad más célebre

–la coordinación de las reparticiones públicas que permitió hacer frente al Paro de Octubre–, tuvo mucho más que ver con el *hardware* comunicacional instalado que con los principios de autonomía tan preciados por su conceptor. En la práctica, la autorregulación respetuosa de la libertad propuesta en el sistema nunca llegó a ser del todo comprendida por el proyecto socialista chileno. Aunque resulte paradójico, la historia ha ido demostrando que ideas de autogobierno como las propuestas por Beer fueron reinterpretadas mejor en el sentido de las transformaciones que comenzó a vivir el capitalismo a partir de esa fecha. La gubernamentalidad neoliberal, cuyo principio básico sería, según la concepción de Foucault, el desplazamiento de los dispositivos del poder hacia los propios gobernados, vio en las fantasías cibernéticas un terreno fértil para elaborar sus mecanismos de gestión de recursos técnicos y humanos. Fernando Flores, como observa Medina, jugó un papel importante en este traslado, mientras Beer se retiraba a meditar y escribir en una cabaña de los bosques de Gales.

De este modo, la lectura de *Revolucionarios Cibernéticos* nos demuestra no solamente que experiencias desconocidas y marginalizadas como la de Synco resultan ser manifestaciones directas de procesos que la historia más tradicional creía haber clausurado o al menos domesticado en su porosidad. También nos convence de que los derroteros de esas iniciativas pueden no estar siempre en la línea que pretendieron, lo que hace su pesquisa aún más interesante desde el punto de vista historiográfico y político. El libro no se queda por lo tanto en el blando calor del homenaje, sino que invita a extender la reflexión hacia terrenos más ásperos, abiertos solo por la perspicacia de Medina y su notable investigación